

CIENCIAS SOCIALES Y COVID. ALGUNAS REFLEXIONES (EN PRIMERA PERSONA) SOBRE PANDEMIA, SOCIEDAD Y CIUDADES^{1*}

Joaquín Perren²

Resumen

Con esa comunicación se pretende reflexionar en torno al impacto que la actual pandemia ha tenido en la dinámica social y urbana contemporánea. Con ese propósito en mente, se propone una secuencia que reconoce cuatro momentos. En el primero de ellos, desde una perspectiva biográfica, se estudiará el efecto que el aislamiento social, preventivo y obligatorio tuvo en los procesos de enseñanza y aprendizaje, así como en el mundo del trabajo. En el segundo segmento del ensayo se propone estudiar el impacto diferencial del COVID en función de los grupos sociales y territorios urbanos. La tercera sección utiliza a la actual pandemia como una plataforma desde donde observar el carácter contradictorio de la urbanización, prestando especial atención a la cuestión de la densidad y de la organización popular. Por último, en un cuarto segmento, se pondrá el foco en el futuro, llenando de contenido ese significativo vacío que llamamos derecho a la ciudad.

46

Palabras claves: Desigualdad, COVID-19, estudios urbanos, derecho a la ciudad.

Abstract

This communication intends to reflect on the impact that the current pandemic has had on contemporary social and urban dynamics. With this purpose in mind, a sequence of four moments is proposed. In the first one, from a biographical perspective, the effect that social, preventive and compulsory isolation had on the teaching and learning processes, as well as on the world of work, will be studied. The second section of the essay studies the differential impact of COVID based on social groups and urban territories. The third section uses the current

^{1*} Este ensayo retoma algunas reflexiones vertidas en una exposición realizada el 20 de mayo de 2020 en el marco del ciclo “Diálogos del presente interrumpido”, organizado por la Facultad de Comunicación y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Córdoba. Cabe aclarar que los argumentos esgrimidos fueron resultado de un contexto de la temprana cuarentena. Al mismo tiempo, y en función de las temáticas abarcadas, el presente texto forma parte del proyecto de unidad ejecutora (PUE) “La (re) producción de la desigualdad en la Patagonia norte. Un abordaje multidimensional” (CONICET).

² Instituto Patagónico de Estudios en Humanidades y Ciencias Sociales (CONICET-Universidad Nacional del Comahue).

pandemic as a platform from which to observe the contradictory nature of urbanization, paying special attention to the issue of density and popular organization. Finally, in a fourth segment, the future is brought into focus, filling that empty signifier with content called the right to the city.

Keywords: Inequality, COVID-19, urban studies, right to the city.

1.

Antes de ahondar en aspectos conceptuales, de sumergirme en el análisis de la actual coyuntura, me gustaría comenzar estas líneas con mi propia experiencia o, dicho de un modo más simple, la forma en que esta pandemia afectó mi vida cotidiana. Esto, porque entiendo que estos más de cien días de cuarentena pueden servir de plataforma desde donde pensar nuestras sociedades, en general, y las ciudades en las que residimos, en particular. Con esto no quiero decir que pasemos, sin más, de lo particular a lo general, de la parte al todo, de la biografía a lo colectivo. Simplemente, pienso que estas vivencias, por más simples que parezcan, son el humus que permite el desarrollo de la imaginación sociológica, diría Wright Mills (2003), o bien constituyen ese clima de época en el que se apalanca la producción científica; ese “lugar” del que habla de Certeau en su *Escritura de la historia* (2006). Muchas veces, y este pareciera ser el caso, resulta muy difícil discernir cuando termina lo vivencial y cuando comienza lo científico, y viceversa. Es más, no creo que tenga mayor sentido trazar un límite taxativo entre ambas esferas. Conviene pensarlas a partir de sus porosidades, tomando distancia de esa visión moderna del conocimiento que las tiene en veredas contrarias.

Hecha esta brevísima introducción, paso a relatar cual ha sido mi realidad en las últimas semanas, en un intento de que esta experiencia permee nuestras ulteriores reflexiones sobre lo social y lo urbano. A mediados de marzo, me aprestaba a comenzar las clases, cuando cobramos dimensión de la envergadura de la pandemia. Lo que parecía algo remoto fue ganando cercanía conforme pasaban los días. Latinoamérica dejaba de ser una espectadora de lujo de una desgracia ajena y pasaba a ocupar un lugar destacado en el mapa epidemiológico mundial. Lejos quedaba el caso cero a nivel continental, el 26 de febrero, cuando un turista brasileño proveniente de Lombardía manifestaba los típicos síntomas de COVID 19. En solo dos semanas, el número de contagios comenzó a dibujar una curva cada vez más empinada. En esa aceleración de los tiempos históricos, como diría Braudel (1979), se produjo el anuncio del Ministro de Salud, Gines García: el virus había llegado antes de lo esperado a la Argentina,

afirmó apesadumbrado ante un auditorio atiborrado de periodistas. Esa conferencia de prensa nos alertó sobre lo grave de la situación. Esa “gripecita” que muchos miraban con desdén se convertía en una epidemia de alcance mundial que podía hacer colapsar sistemas sanitarios completos.

Luego de una semana de incertidumbre, en la que las autoridades hicieron un diagnóstico de situación que desafiaba todos los protocolos, vino el aislamiento social, preventivo y obligatorio. Ese 20 de marzo hizo las veces de bisagra en nuestras vidas. Fue lo que los antropólogos denominan un *turning point*; un quiebre abrupto en nuestras trayectorias vitales (Sautu, 2004). El confinamiento cambió nuestro cotidiano de forma dramática, convirtiendo a los epidemiólogos en celebridades, haciéndonos especialistas en aplanamiento de curvas y volviéndonos ordenadores compulsivos de armarios de acuerdo al método de Mari Kondo. Y todo esto, como no podía ser de otra forma, impactó en nuestras rutinas profesionales como docentes e investigadores de una universidad pública. Luego de ese momento de desconcierto, en el que el miedo a lo desconocido fue extremo, la pandemia se nos mostró en toda su dimensión, con sus luces y sombras; con visos de oportunidad, pero también como un riesgo.

No tengo dudas que el encierro nos volvió docentes mucho más ingeniosos. Nos obligó a buscar nuevas formas de comunicarnos con nuestros estudiantes. El horario habitual de clases, esas tres horas semanales, resultaba insuficiente. Simplemente no alcanzaba. En pocos días, nos volvimos expertos en programas que, hasta allí, desconocíamos o, en el mejor de los casos, ocupaban un lugar marginal en nuestras vidas. El nuevo tipo de interacción generada por el aislamiento nos obligó a editar contenidos audiovisuales, gestionar canales de videos, administrar aulas virtuales, crear grupos cerrados de *Facebook*, pensar *podcasts* y diseñar presentaciones *power point* comentadas. De docentes e investigadores pasamos a ser *youtubers*, *community managers*, *influencers* y una larga lista de anglicismos que no tiene sentido traer a colación. En un par de semanas, y apurados por una situación excepcional, las nuevas tecnologías irrumpieron en el ámbito universitario, casi sin pedir permiso.

En este caso, la crisis sanitaria funcionó como oportunidad en tanto comprimió nuestros tiempos de aprendizaje, acelerando procesos que habían comenzado, pero se desarrollaban a un ritmo paquidérmico. Uno de ellos fue el de la internacionalización de la educación superior. Al cabo de algunos días, docentes, estudiantes y becarios pudieron participar de espacios de discusión que reunían a cientistas sociales de clase mundial. Asistir a un evento de esta naturaleza dejó de ser un privilegio de unos pocos para estar a un *clic* de distancia. Lo mismo

podría decirse del proceso de digitalización de nuestra producción científica. Comenzaron a llegar, casi a diario, materiales en formato PDF e inclusive la cuarentena asistió a la presentación de libros que fueron concebidos como obras electrónicas. No menos intensa fue la colaboración entre los diversos actores del sistema científico argentino. En cuestión de semanas, proliferaron conversatorios, defensas en línea, ateneos y seminarios, volviendo operativa una agenda de cooperación que, por largos años, había sido tal solo una expresión de deseos.

Todo esto por el lado de lo positivo. La cuarentena nos obligó a transitar por caminos que, en tiempos de “normalidad”, no hubiéramos desandado. Nos dimos cuenta de que existe vida más allá de la clase magistral, y tal vez era el momento de apostar por metodologías de aprendizaje activo y por sistemas continuos de evaluación (Sánchez Carracedo y Lopez Álvarez, 2020). Pero tan potentes como las oportunidades son las amenazas que nos trae este presente interrumpido por el COVID-19. Alcanza con formular algunas preguntas para advertir cuáles son los riesgos inaugurados con la pandemia: ¿Quién de nosotros no se quedó hasta la madrugada contestando mensajes de nuestros estudiantes? ¿Quién de nosotros no tuvo que refrenar el impulso para pagar la suscripción de *Zoom* para eludir la limitación de los cuarenta minutos? ¿Quién de nosotros, casi sin darnos cuenta, se vio trabajando un domingo o feriado como si fuera un día hábil?

Para aproximar una respuesta a estos interrogantes, basta con echar un vistazo a un relevamiento realizado por la Asociación Gremial Docente de la Universidad de Buenos Aires en las primeras semanas de aislamiento social. Cerca del 80% de los docentes que revisaban una dedicación simple (diez horas semanales), trabajaron mucho más que lo establecido por su designación. La mayoría de los encuestados se encontraba en el rango entre las 10 y las 20 horas, pero resulta llamativo que un quinto de los encuestados dedicara más de 20 horas semanales al ejercicio de la docencia universitaria (Gráfico 1). En el caso de los agentes con dedicación exclusiva (40 horas por semana) la situación no es mucho mejor. Si bien la mayoría de los docentes se encuentra en el rango de lo esperable, existe un dato que nos muestra cuanto se ha modificado el balance entre enseñanza, producción y transferencia de conocimientos. Que más del 40% de los docentes encuestados haya trabajado más de veinte horas en el dictado de clases pone de manifiesto que el esfuerzo de imaginar entornos educativos mediados por la tecnología se hizo a expensas de la investigación y de la extensión.

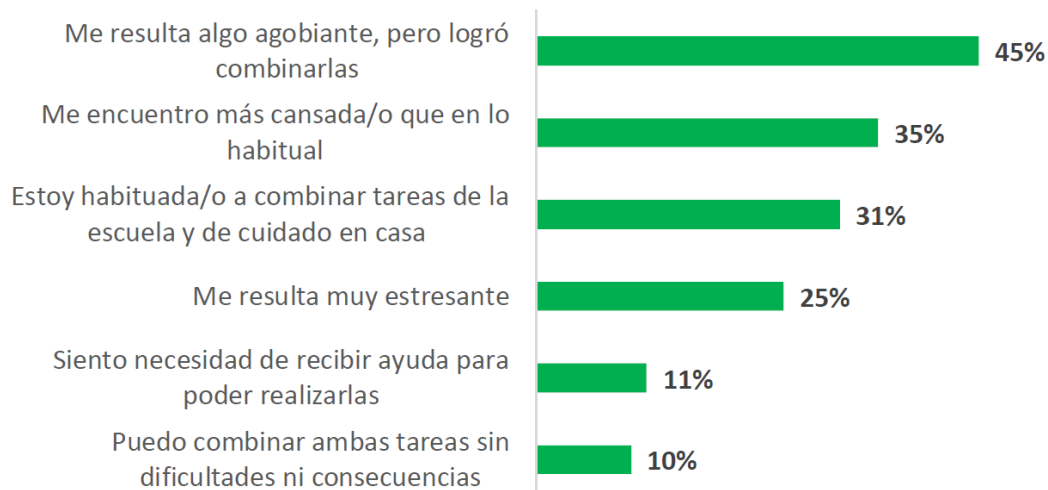
Gráfico 1
Cantidad de horas dedicadas a la docencia de acuerdo dedicación.
Universidad de Buenos Aires, 2020.



Fuente: Asociación Gremial Docente de la Universidad de Buenos Aires.

En el sector privado esta tendencia no hace más que intensificarse. Luego de implementadas las medidas de aislamiento, el Sindicato Argentino de Docentes Particulares (SADOP) envió a sus afiliados un cuestionario en que interrogaba en torno a las condiciones laborales de un heterogéneo colectivo que incluye a trabajadores de todos los niveles educativos, desde las maternidades hasta las universidades privadas. La sistematización de las respuestas recibidas puede que nos brinde pistas sobre los problemas que trajo consigo la virtualidad. Cerca de la mitad de los ocho mil encuestados reconocía trabajar más horas que antes de la cuarentena y poco más de un tercio aceptaba la imposibilidad de hacer un corte taxativo en el trabajo. En la misma dirección, dos terceras partes de quienes respondieron el cuestionario admitía que no contaba con un espacio adecuado para desarrollar sus labores cotidianas. Esta combinación de factores hacía que cerca del 80% de los trabajadores de la educación privada se sintieran agobiados o, en el mejor de los casos, más cansados que lo habitual (Gráfico 2).

Gráfico 2
Percepciones sobre el trabajo docente en tiempos de cuarentena



Fuente: Encuesta Nacional “Contanos para cuidarte”. Dpto. CyMAT -SADOP (2020)

La lista de relevamientos es infinita, aunque la conclusión a la que arriban no varía en demasía: la pandemia modificó la forma en que nos vinculamos con el mundo del trabajo. Siendo un poco provocativo, podríamos pensar al “teletrabajo” como un sutil mecanismo de explotación. Logró lo que ninguna reforma económica de las últimas décadas había conseguido. Hizo posible que, sin grandes bolsones de protesta, estemos dispuestos a trabajar mucho más por el mismo salario. La pandemia profundizó y aceleró la implantación de ese capitalismo flexible del que habla Senett (2000), con cronogramas a la carta y tareas individualizadas. Es más, llevando este argumento al extremo, podríamos decir que llegamos a colaborar en el sostenimiento de los medios de producción. Pagamos religiosamente nuestro servicio de internet, abonamos sin dudar suscripciones que mejoran la eficiencia de nuestro trabajo e inclusive adquirimos dispositivos que supuestamente nos hacen mejores profesionales. No es casual que los sindicatos, sin abandonar sus reivindicaciones de corte salarial, hayan sumado otras novedosas como el derecho a la desconexión o licencias asociadas a labores de cuidado.

Claro que ese mecanismo, tan potente como peligroso, no nos afecta a todos por igual. La sobreexplotación muta en desempleo para quienes no tienen la posibilidad de volverse “teletrabajadores”, que son la inmensa mayoría de la fuerza laboral. De acuerdo a datos provistos por la Organización Internacional del Trabajo, al terminar la pandemia, el mundo habrá perdido alrededor de 480 millones de empleos (OIT, 2020): mientras que en la Argentina esa cifra orillará los 300 mil (Ámbito Financiero, 20/7/2020). Y ese compromiso por la educación mediada por la tecnología se vuelve deserción para quienes no disponen de la

conectividad y los dispositivos adecuados. No debemos olvidar que en nuestro país cuatro de cada diez hogares no tienen acceso a internet fijo (Página 12, 17/05/2020). La brecha digital no solo refleja las asimetrías propias de la sociedad, sino que constituye un efectivo mecanismo en la reproducción e intensificación de tales desigualdades; en pocas palabras, es uno de sus efectos más evidentes, pero también una de sus principales causas.

2.

Este largo relato en primera persona sirve de anticipo de un punto que quiero desarrollar *in extenso* en lo que resta de ensayo. Una tesis que puede promover esos puentes tan necesarios entre nuestras experiencias vitales y la dinámica social. Este argumento podría groseramente resumirse en una frase: la epidemia volvió visible para la mayoría lo que, por largos años, había permanecido bajo un cono de sombras, o que solo resultaba visible para un puñado de especialistas. El COVID-19 mostró una serie de contradicciones que no generó, pero que sí puso en evidencia y colaboró en su profundización. La pandemia no es la razón de la actual crisis, sino la expresión -quizás más cruel- de una crisis que ya estaba en marcha. O, peor aún, no deja de ser una situación crítica al interior de una sociedad que hizo de las crisis su *modus vivendi*. Después de todo, como señala Boaventura de Sousa Santos, “a medida que el neoliberalismo se impuso como la versión dominante del capitalismo y este se sometió cada vez más a la lógica del sector financiero, el mundo ha vivido en un estado de crisis permanente” (2020: 19-20).

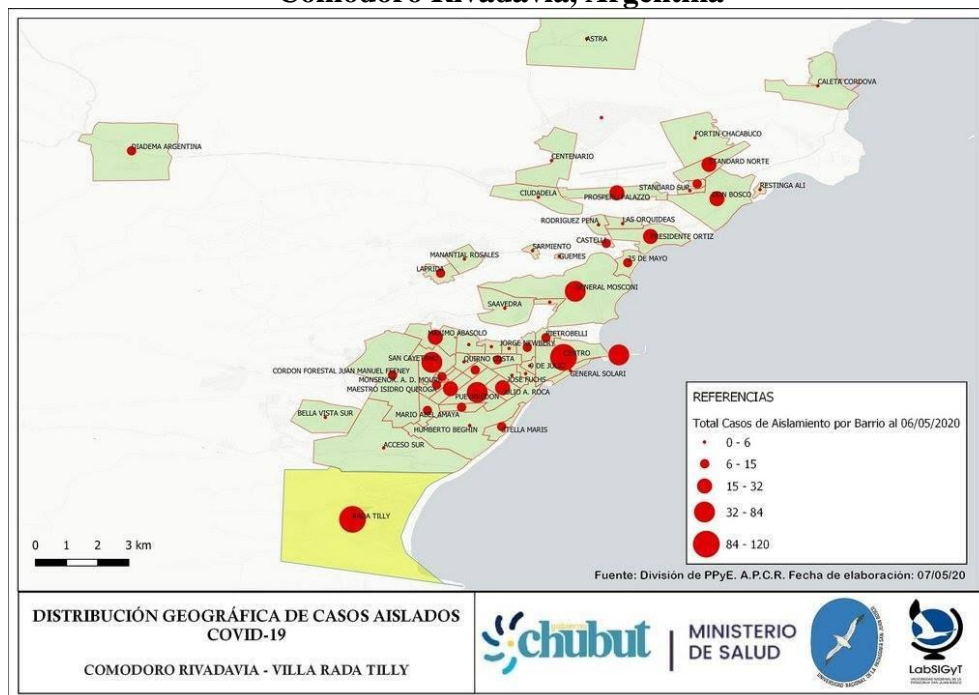
Lo primero que puso en evidencia esta doble anormalidad (excepción dentro de la excepcionalidad) son las desigualdades que atraviesan a nuestras sociedades. Lejos quedaron los años dorados del capitalismo occidental, ese modelo que permitió, en las décadas centrales del siglo XX, combinar crecimiento económico y cierto nivel de equidad social. La mercantilización de todas las cosas de la que habla Wallerstein en su *Capitalismo histórico* (1988) exhibe un saldo bastante más modesto: la economía global que crece a un ritmo lento y deja a su paso brechas sociales cada vez más extensas. Mucho antes del primer brote en Wuhan, el mundo se había convertido en un lugar particularmente injusto: el 1% más rico se apropiaba de la mitad de la riqueza mundial; mientras que la mitad más pobre se debía conformar con un décimo del total de los ingresos (OXFAM, 2015).

Si el rasgo fundante de la actualidad es la desigualdad, tal como nos advierte Thomas Piketty en *El capital del siglo XXI* (2014), nos parece oportuno problematizar un discurso que ha ganado presencia en las últimas semanas. Un argumento que -palabras más, palabras menos-

podría sintetizarse en un slogan: la epidemia es democrática y, como tal, todos juntos tenemos que superar la grieta para vencerla. Adaptando el lenguaje que viene de los tiempos de la ilustración, esta fórmula nos quiere convencer de que todos somos semejantes frente al COVID. Este a priori igualador que generó la actual crisis sanitaria, sin dejar de tener algún sentido biológico, debe relativizarse. Si calibramos sus efectos en la población, veríamos que la pandemia no solo no es democrática, sino que entiende de grupos sociales y territorios. O, dicho de manera más sencilla, que la epidemia no opera en el vacío, sino que se asienta sobre determinados patrones de segregación socio-espacial.

Para saturar esta hipótesis apelamos a dos ejemplos que refieren a ciudades de distinta envergadura. Con esto queremos demostrar que el impacto diferencial de la pandemia no es un problema asociado al tamaño, sino que, por el contrario, constituye un rasgo fundante de la producción capitalista del espacio urbano. El Mapa 1 corresponde a Comodoro Rivadavia, una urbe de mediano porte emplazada en el corazón de la Patagonia argentina. Fue elaborado a partir de un seguimiento georreferenciado implementado por el Ministerio de Salud de la provincia de Chubut en colaboración con la Universidad Nacional de la Patagonia San Juan Bosco. La cartografía nos muestra con total claridad cómo, en un primer momento, la geografía de la epidemia coincidió con el mapa de la riqueza (Usach y Freddo, 2016). Los primeros infectados tenían buenos ingresos, habían viajado a Europa y residían en el centro o en Rada Tilly, un área residencial de élite localizada a unos cinco kilómetros al sur del casco urbano. El castigo divino que, a la usanza de “La máscara de la muerte roja” de Edgar Allan Poe, había llegado para abatirse sobre los ricos, o sobre los chetos o *runners*, si quisiéramos algunas de las palabras de moda en la cuarentena.

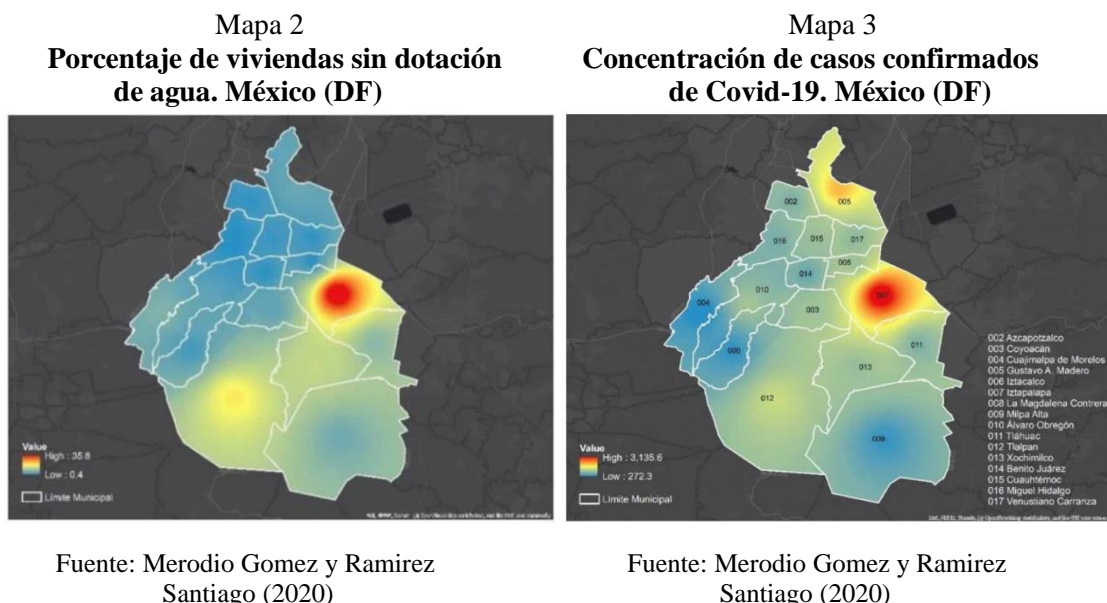
Mapa 1
Distribución espacial de casos aislados.
Comodoro Rivadavia, Argentina



Fuente: Ministerio de Salud, Provincia de Chubut/UNPSJB

Ahora bien, aunque los casos iniciales se concentraron en las áreas más consolidadas, los efectos más dramáticos los vemos hoy en las periferias. Usemos como segundo ejemplo a la megalópolis por excelencia de nuestro continente: el Distrito Federal de México. Un estudio reciente muestra que los municipios marginados, de relegación diría Wacquant (2009), son los más vulnerables frente al avance de la pandemia, tanto por la imposibilidad de respetar la distancia social debido al hacinamiento como por las consecuencias de un desplome de los niveles de actividad en la economía popular (Merodio Gomez y Ramirez Santiago, 2020). Salvo el caso de la alcaldía de Gustavo Madero, localizada en el norte del área metropolitana, a medida que avanzamos hacia el sur, los colores más intensos de la paleta se manifiestan en toda su potencia. En resumidas cuentas, y aun con las limitaciones de la cartografía presentada, podemos aventurar que la espacialización del impacto del COVID-19 coincide con el mapa de la pobreza estructural que, en nuestro continente, se solapa con la ciudad autoconstruida. Los mapas 2 y 3 nos brindan pruebas adicionales que apuntan en la misma dirección: las áreas con problemas de acceso al agua corriente se correlacionan con aquellas que muestran una elevada concentración de casos positivos de coronavirus. Salvo el caso de la alcaldía de Gustavo Madero, localizada en el norte del área metropolitana, a medida que avanzamos hacia el este, los colores más intensos de la paleta se manifiestan en toda su potencia. En resumidas cuentas,

y aun con las limitaciones propias de la cartografía presentada, la espacialización del impacto del COVID-19 coincide con el mapa de la pobreza estructural que se solapa con la ciudad autoconstruida (Mier y Terán, Vázquez y Ziccardi, 2012)



3.

Esta socialización del virus nos da pie para profundizar nuestro análisis sobre las ciudades, acaso uno de los objetos de estudio más interpelados hoy por las ciencias sociales. Lejos de hacer leña del árbol caído, nos interesa llamar la atención sobre cuán contradictorio es el proceso de urbanización contemporáneo. Y esto queda a la vista con uno de los temas fetiches de los estudios urbanos: la densidad. La aglomeración de población, cuando se vuelve hacinamiento, es quizás el mayor vector de propagación de las enfermedades. De ahí que se asocie de forma muy natural urbanización y epidemias. Aparecen como términos intercambiables, como las dos caras de una misma moneda. Con cada crisis sanitaria emerge la tentación de abandonar la ciudad, la que se vive como un espacio amenazante repleto de aires contagiados. Ese temor que puede verse sintetizado en el gesto del conductor televisivo Marcelo Tinelli confinándose en su estancia en Esquel, pero también en las familias ricas que, en medio de la gripe española de 1918, iban a sus casas de campo, multiplicando el contagio en las áreas rurales (Carbonetti y Rivero, 2020).

Sin embargo, la densidad, además de colaborar en la transmisión de enfermedades, permite que haya economías de escala que resuelven muchos de los desafíos que debemos enfrentar las sociedades modernas. No solo abastecen eficientemente los servicios urbanos

básicos, desde luz hasta desagües, sino que también generan masas críticas que serían muy difíciles de crear de otro modo. Entre ellas, una de enorme relevancia en la actual coyuntura: las comunidades científicas. Contradictoriamente, los grandes centros urbanos son los más afectados por la pandemia, pero -por su tamaño- albergan centros científicos que desarrollan *tests* cada vez más efectivos e inclusive están trabajando en una posible vacuna. Vemos cómo la densidad es un problema, pero también trae consigo una solución.

Algo similar podríamos decir “por debajo”. La cuarentena nos ha mostrado, quizás como ningún dispositivo, lo fundamental que son los trabajadores en el funcionamiento de la maquinaria urbana. Al mismo tiempo, esas obras paradas, jardines descuidados y raíces a la vista pusieron en evidencia el grado de informalidad de nuestras economías. Esa injusticia es resultado de una ciudad que excluye, pero también genera la plataforma desde donde reivindicar derechos. El Instituto del Conurbano de la Universidad Nacional General Sarmiento ha demostrado cómo los barrios populares más organizados son los que mejor están sobrellevando la cuarentena (Colella y otros, 2020). No solo porque tienen mayor capacidad de aprovechar la asistencia del Estado, sino también porque exhiben unos mayores niveles de innovación social (merenderos, radios comunitarias, sistemas de monitoreo y un largo etcétera). Vemos nuevamente las luces y sombras de la urbanización contemporánea: produce flagrantes desigualdades, pero constituye una inagotable usina de transformación.

Esta comprobación nos permite agregar una capa de complejidad al debate en torno del concepto de resiliencia. Como muchas otras, esta categoría es una de las hijas dilectas de las ciencias biológicas. En su acepción original, hace referencia a la capacidad de los ecosistemas de salir fortalecidos luego de enfrentar situaciones críticas. En los últimos años, su uso ha experimentado una inflación que la ha convertido un lugar común para una pléyade de disciplinas. Los ingenieros la usan para dar cuenta de aquellos materiales que recuperan su forma original después de ser deformados. Los gurúes de la autoayuda, la utilizan para referirse a personas que logran revertir períodos de dolor emocional. Los especialistas en emprendedurismo aprovechan su labilidad para cuadrar a aquellas empresas que, luego de enfrentar situaciones complejas, dan cumplimiento a su plan de negocios. Hasta los tecnólogos se apropiaron de ella para identificar aquellos sistemas que pueden soportar grandes perturbaciones. Más allá de sus diferencias, existe un denominador que atraviesa a todas las definiciones: hasta las peores crisis tienen un lado positivo y, por lo tanto, no hay razones para perder el optimismo.

En tiempos de pandemia, la resiliencia fue utilizada una y mil veces. Y, como no podía ser de otra forma, esa moda alcanzó a los estudios urbanos. Su uso más habitual alberga una cierta cuota de ingenuidad: solo con proponérselo, las comunidades pueden sobreponerse a los resultados adversos, inclusive los generados por una crisis sanitaria del calibre de la que actualmente asola al mundo. Pero, en la misma línea que venimos desarrollando, no creemos que la resiliencia sea un rasgo que podamos adjudicar de manera indiscriminada. Por el contrario, se trata de un adjetivo solo atribuible a comunidades que tejieron pacientemente redes de resolución de problemas (Auyero, 2001), mejorando su situación relativa dentro de la sociedad. Esas comunidades empoderadas son, en todo caso, las más resilientes y esa resiliencia refuerza procesos de empoderamiento. Ambos fenómenos están imbricados, aunque de forma alguna son sinónimos y, menos aún, términos intercambiables. Es la acumulación previa de capital social -anterior a la pandemia, claro- aquello que sirve de acicate a la resiliencia. En pocas palabras, las comunidades resistentes son las más resilientes, y no al revés.

4.

Hasta aquí usamos la pandemia como una ventana desde donde observar las contradicciones propias de la forma en que nos acostumbramos a hacer ciudades y a vivirlas. En las próximas páginas, las últimas de este modesto ensayo, me gustaría poner el futuro en el centro de la escena. O mejor aún: usar ese gran espejo retrovisor que tenemos las sociedades, la historia, para imaginar posibles escenarios hacia delante. Después de todo, y parafraseando a Bauman, la memoria es la materia prima de la que está hecha la esperanza. De ahí que no haga falta recalcar que ese tiempo por venir no está escrito. Lejos de ello, y en sintonía con lo que venimos sosteniendo, tiene un carácter ambiguo: es un horizonte de expectativa que orienta nuestras acciones en el presente, pero también puede convertirse en un territorio hostil. Es una utopía, o varias heterotopías en el sentido imaginado por Foucault (2008), o bien puede asumir la forma de una distopía, una pesadilla de las que nos costaría mucho despertar como sociedad.

No seríamos pesimistas si dijéramos que de la mano del COVID-19 puede volverse realidad el ideal orweliano, ese que nos enseña *1984*, pero que tiene una larga tradición dentro de la cultura popular, desde *Matrix* o *The Truman Show* hasta la más reciente *Black Mirror*. Podríamos estar en presencia de un escenario post-pandémico en el que se refuerza y reconfigura el control social. Sabemos que las crisis, como ningún otro dispositivo, constituyen *shocks* sociales que pueden servir de antesala a nuevas formas de autoritarismo (Klein, 2008). Recientemente, el filósofo Byung-Chul Han habló de un gran hermano tecnológico; una especie

de dictadura del algoritmo que, detrás de una fachada de libertad, nos indica qué comer, qué vestir, qué mirar y qué consumir (La Tercera, 16/05/2020). Con este régimen de vigilancia biopolítica, que pone al control del cuerpo en el foco de la tecnología de gobierno, podríamos estar cavando la caverna de Platón del siglo XXI.

Algo similar puede decirse en el caso de las ciudades. No debemos olvidar que, con las epidemias del siglo XIX, especialmente la tuberculosis, el cólera y la fiebre amarilla, vino la arquitectura y el urbanismo moderno. Las viviendas se transformaron en máquinas de habitar, con grandes ventanales y muebles minimalistas que evitaran la acumulación de polvo. Los centros dejaron de ser esos hervideros, esos mercados a cielo abierto, que asistieron a explosiones sociales como la Comuna parisina de 1873. Fueron domesticados al punto de volverse prácticamente irreconocibles para un ciudadano decimonónico promedio; como si fueran tumores, fueron extraídos del corazón de las urbes tradicionales, tanto en la metrópolis como en los márgenes de una economía que comenzaba a tener un alcance global. Su lugar fue ocupado por amplias avenidas y enormes edificios que alojaban a un Estado que, tomando distancia del liberalismo clásico, sumaba nuevas funciones. Una de ellas, quizás la más destacada, fue la construcción de viviendas colectivas en los alrededores de la ciudad. Nacía así la periferia, un poco atendiendo la necesidad de encontrar una salida rentable a los excedentes de capital y otro poco bajo la premisa de que la generación de empleo tiende a disipar la conflictividad. Así, la distancia social, que crecía bajo el ala del capitalismo industrial, comenzó a solaparse con la distancia física. Una crisis sanitaria dejó un legado que aún hoy es identificable: la urbanización asume una lógica centrífuga, la segregación aumentó sin remedio y nuestras ciudades se volvieron organismos polarizados.

Pero no seríamos sensatos si resumimos todo a una fórmula pesimista que, aunque plausible, nos llevaría a la inacción. Esta coyuntura, líquida como pocas, también nos da la oportunidad de llenar de contenido ese significativo vacío que llamamos derecho a la ciudad. Después de todo, y como señalaba con insistencia Henri Levevre en su *Le Droit a la Ville* (1968), la ciudad tradicional ha muerto. Y este deceso no fue resultado de la pandemia, sino que tiene un claro perpetrador: un desarrollo capitalista desenfrenado que -mucho antes de saber sobre la existencia del COVID-19- llevó al paroxismo su “necesidad insaciable de disponer capital sobreacumulado ávido de inversión en un crecimiento urbano raudo e ilimitado sin importar cuales sean las posibles consecuencias sociales, medioambientales o políticas” (Harvey, 2013: 13-14). Puede que esta crisis sanitaria nos dé la chance de imaginar las ciudades

del siglo XXI o, por lo menos, nos permita diseccionar aquellos mecanismos que reproducen las desigualdades urbanas.

Claro que esta labor no es sencilla y que, detrás de propuestas seductoras y ciertamente innovadoras, podamos identificar fugas hacia delante del capital, así como nuevas formas de segregación. No diríamos nada novedoso si afirmamos que el derecho a la ciudad puede funcionar como faro transformador, pero también como mascarón de proa del urbanismo neoliberal. Todo depende de quien llene ese significante y con qué significado. Los promotores inmobiliarios pueden reivindicarlo para desbrozar fronteras urbanas donde obtener rentas, pero también pueden hacerlo quienes deben hacer frente a alquileres cada vez más elevados y quienes habitan en asentamientos en los que los faltantes en la provisión de servicios son evidentes. Precisamente por ser un espacio de disputa, debemos extremar los cuidados y no dejarnos llevar por los múltiples cantos de sirena que proliferan en tiempos de pandemia. Me gustaría explorar esta tensión a partir de dos temas de enorme actualidad: las nuevas movilidades y el *greening* urbano.

Comencemos por el primero de los aspectos. Si algo demostró la epidemia es cuán dependientes somos del transporte automotor. Las calles vacías, el valor del petróleo por el suelo y el planeta tomándose un respiro, brindan un escenario ideal para avanzar en cambios que llevan algunas décadas germinando, pero cuyos resultados se han restringido a operaciones muy puntuales. Este quizás sea el momento de retomar esa agenda impulsada con entusiasmo por múltiples organizaciones de la sociedad civil, cuyo horizonte no sea otro más que torcer esa fórmula tan propia de la ciudad fordista: tres cuartas partes de las vías de circulación destinadas a calles y solo un cuarto a aceras pensadas desde un dudoso principio de normalidad, dejando en un lugar de incomodidad (por no decir de peligro) a mujeres, niños y personas con problemas de movilidad. Se trata, en definitiva, de pensar ciudades para la gente, como alguna vez señaló Gehl (2014); o, mejor aún, diseñar ciudades con escala humana que, privilegiando una mirada al ras del piso, multipliquen la vida pública.

Pero justo en este punto me embarga una duda que comparto con ustedes. Esta apuesta por el peatón, por las bicicletas y por los sistemas públicos de transporte, por estos consumos colectivos de segunda generación, van en el sentido de una ciudad de cercanía o de vecindad; una ciudad en la que todo permanezca a 15 minutos de distancia, siguiendo el modelo de la alcaldesa parisina Anne Hidalgo. Cuando veo estos planteos, que se han vuelto moneda corriente en tiempos de aislamiento preventivo, con las grandes superficies comerciales cerradas al público, me pregunto si no deberíamos primero pensar en ciudades mixtas en

términos sociales y luego de cercanía. O si, eventualmente, no debería avanzarse en ambas direcciones de manera simultánea. Es que la movilidad es la contrafuerza de la segregación, como alguna vez señaló Segura (2018), y si la restringimos a su mínima expresión no haríamos más que profundizar las desigualdades socio-espaciales existentes. Estaríamos construyendo ciudades tan cercanas como segregadas. Correríamos el riesgo cierto que el confinamiento deje de ser provisorio y se vuelva permanente. El resultado esperable serían ciudades próximas para pobres, ciudades próximas para clases medias y ciudades próximas para ricos, aunque escasamente conectadas entre sí. En resumidas cuentas, no estaríamos más que fosilizando la fragmentación propia de las ciudades fractales, esas urbes que, en las últimas tres décadas, asumieron la apariencia de un *patchwork* (Soja, 2000).

Algo no muy diferente podríamos decir de los espacios verdes y, en términos más generales, de la sustentabilidad urbana. Nadie podría dudar de la urgencia de oxigenar nuestras ciudades, disminuyendo su huella de carbono y poniéndolas a tono con el cada vez más amenazante cambio climático. A medida que los efectos más nocivos de la pandemia quedaron atrás, se multiplicaron acciones que podríamos enmarcar al interior del urbanismo táctico: la superficie liberada por el estacionamiento vehicular fue el laboratorio donde se instrumentaron micro-plazas y, en muchas ciudades europeas, las intersecciones de las calles se volvieron espacios de esparcimiento para la población infantil y para los adultos mayores. Junto a estas intervenciones puntuales, intersticiales, es probable que asistamos a la necesidad de incorporar parques de mayor envergadura, compatibles con el imperativo de preservar la distancia social. La flexibilización de la cuarentena demostró la facilidad con la que pueden generarse aglomeraciones que llevaron a las autoridades a privilegiar la lógica del martillo por sobre la del baile. Pero, si no calibramos adecuadamente los efectos que estos nuevos artefactos tendrán en las áreas aledañas, pueden generarse procesos de valorización, elitización y desplazamiento de la población de bajos ingresos. Un fantasma que recorre nuestras ciudades en tiempos postpandémicos es el de la renovación excluyente, una especie de secuela postmoderna del embellecimiento estratégico del que hablaba Benjamin (2007) en su mirada del París del entresiglo.

Los ejemplos son infinitos, pero todos conducen a un mismo sitio: ciudades injustas, con áreas socialmente homogéneas poco conectadas entre sí. De ahí la importancia de acompañar las acciones coyunturales de una profunda reforma urbana. Una que vaya en el sentido de poner en valor uno de los pocos bienes comunes que no han sido enajenados: la tierra pública, esa que resiste estoica las presiones del capital inmobiliario. Una que absorba parte de

las plusvalías que genera el Estado con su acción, especialmente en todo aquello referido a grandes infraestructuras. Una que, andamiada en esos diferenciales de renta, *rent gaps* en palabras de Neil Smith (1979), vuelque recursos en viviendas sociales localizadas en los vacíos de oportunidad que albergan las manchas urbanas, muchas veces en procesos de engorde, evitando así la necesidad de estirar innecesariamente sus límites. Una que piense a la vivienda como un derecho fundamental, pero que, al extraerla de la lógica del mercado, permita replantear sus parámetros de diseño, propendiendo a espacios domésticos más amplios acordes al teletrabajo y que tiendan a reducir el hacinamiento. Una que intervenga en el mercado de alquileres, evitando desplazamientos que le quitan diversidad a nuestros barrios y terminan disolviendo tejidos sociales que llevó mucho tiempo construir. En pocas palabras, una reforma que -anteponiendo el valor de uso al de cambio- imagine a la ciudad como algo más que una simple mercancía.

Este cúmulo de demandas no solo conforma una cadena equivalencial alrededor de la urgencia de reinventar nuestras ciudades, sino que también nos brinda un horizonte muy preciso para el mundo postpandemia: las urbes contemporáneas sólo dejarán de ser un espacio isotópico, un orden espacial a la medida del *real estate*, si logran recortar de manera simultánea distancias físicas y sociales. La apuesta estriba en construir ciudades cercanas, pero también justas; que sean, a la vez, compactas e inclusivas. Las palabras de Harvey nos parecen un corolario estimulante para estas reflexiones: “La libertad para hacer y rehacernos a nosotros mismos y a nuestras ciudades es uno de los más preciosos, pero más descuidados de nuestros derechos humanos” (2014: 20). Depende de nosotros crear un vigoroso movimiento que reivindique un poder configurador sobre el proceso de urbanización.

Bibliografía

- AUYERO, J. (2001). *La política de los pobres. Las prácticas clientelistas del peronismo*. Buenos Aires: Manantial
- BENJAMIN, W. (2007). *Libro de los pasajes*. Madrid: Akal.
- BRAUDEL, F. (1979). *La larga duración en La historia y las ciencias sociales*. Madrid: Alianza.
- CARBONETTI, A. y RIVERO, M. D. (2020). *Argentina en tiempos de pandemia: la gripe española de 1918-1919*. Córdoba: Editorial de la Universidad Nacional de Córdoba.

- COLELLA, V., JAIME, M. E., REESE, E. y CATENAZZI, A. (2020). “Breve Reseña Militancia Barrial: el puente entre los municipios y la ciudad metropolitana”. 2da. SERIE ESPECIAL COVID-19 AMBA resiste. Actores territoriales y políticas públicas.
- DE CERTEAU, M. (2006). *La escritura de la historia*. México: Universidad Iberoamericana.
- DE SOUSA SANTOS, B. (2020). *La cruel pedagogía del virus*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: CLACSO.
- FOUCAULT, M. (2008). “Topologías (dos conferencias radiofónicas). Presentación, traducción y notas de Rodrigo Garca”. *Fractal* (48): 39-64.
- GEHL, J. (2014). *Ciudades para la gente*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Infinito.
- HARVEY, D. (2014). *Ciudades rebeldes. Del derecho a la ciudad a la revolución urbana*. Buenos Aires: Akal.
- KLEIN, N. (2008). *La doctrina del shock. El auge del capitalismo del desastre*. Buenos Aires: Paidós.
- LEFEBVRE, H. (1968). *Le droit à la ville*. Paris: Anthropos.
- MERODIO GOMEZ, P. y RAMIREZ SANTIAGO, A. (2020). “La vulnerabilidad ante el COVID-19 depende de la localización”. *Nexos. El blog de la metrópolis*. Disponible en: <https://labrujula.nexos.com.mx/?p=2886> [Consulta: 27/08/2020]
- MIER y TERÁN, A., VÁZQUEZ, I. y ZICCARDI, A. “Pobreza urbana, segregación residencial y mejoramiento del espacio público en la Ciudad de México”, *Sociologías*, 14 (30): 118-155.
- MILLS, C. W. (2003). *La imaginación sociológica*. México: FCE.
- Organización Internacional del Trabajo (2020). *La COVID-19 y el mundo del trabajo. Quinta edición, Estimaciones actualizadas y análisis*. 30 de junio de 2020.
- OXFAM (2015). Riqueza: tenerlo todo y querer más. Informe temático de oxfam. Disponible en: https://oi-files-d8-prod.s3.eu-west-2.amazonaws.com/s3fs-public/file_attachments/ib-wealth-having-all-wanting-more-190115-es.pdf [Consulta: 21/8/2020]
- PIKETTY, T. (2014). *El capital en el siglo XXI*. Madrid: FCE.
- SÁNCHEZ CARRACEDO, F. y LÓPEZ ÁLVAREZ, D. (2020). “La universidad que viene: de la 'docencia remota de emergencia' a la 'presencialidad adaptada’”. *The Conversation*, Disponible en: https://theconversation.com/la-universidad-que-viene-de-la-docencia-remota-de-emergencia-a-la-presencialidad-adaptada-140794?utm_source=f... 1/5 [Consulta: 21/08/2020]
- SAUTU, R. (2004). *El método biográfico*. Buenos Aires: Editorial de Belgrano.
- SEGURA, R. (2018a). “La ciudad de los senderos que se bifurcan (y se entrelazan): centralidades conflictivas y circuitos segregados en una ciudad intermedia de la Argentina”. *Universitas Humanística* (85), 155-181.
- SENNETT, R. (2000). *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*. Barcelona: Anagrama.
- SMITH, N. (1979) “Toward a theory of gentrification: A back to the city movement by capital not people”. *Journal of the American Planning Association* (45): 538-48.

SOJA, E. (2000). *Postmetropolis: Critical Studies of Cities and Regions*. Oxford: Basil Blackwell.

USACH, N. y FREDDO, B. (2016). “Dispersión y fragmentación socioespacial en el crecimiento reciente de una ciudad petrolera de la Patagonia argentina”. *Papeles de Población* (90): 265-301.

WACQUANT, L. (2009). *Urban Outcasts: A Comparative Sociology of Advanced Marginality*. Cambridge: Polity Press.

WALLERSTEIN, I. (1988). *El capitalismo histórico*. Ciudad de México: Siglo XXI Editores.